

XI

La paz ó la guerra.

El hombre que apareció á sus ojos, elegante y sonriente, era el autor de su desdicha, Roland Beroult, que dijo con voz cariñosa:

—¡Señorita Margarita!...

Esta no respondió; pero como al abrir la puerta había retrocedido, Roland pudo entrar y cerrarla.

—¿Ibais á salir? He llegado á tiempo.

Margarita preguntó con sequedad, aunque con voz ahogada:

—¿Qué queréis?

—Que me escuchéis un instante.

—¿Para qué?

—Vais á saberlo.

La habitación de la enferma estaba separada de la primera por una puerta baja. El secretario del conde de Magny examinó con una mirada la disposición del cuarto: la pieza donde estaba era la habitación de Margarita, forrada de papel gris y sin otros muebles que una mesa, un diván viejo, que servía de cama y algunas sillas. Margarita señaló una á Roland y entrando en la habitación de su hermana habló con ella un instante: después cerró la puerta y sentándose al otro lado de la mesa, manifestó con un gesto que se disponía á oír.

—He sabido—empezó diciendo Roland— la enfermedad, ó mejor dicho, la agravación de vuestra hermana, y cualesquiera que ha-

yan sido vuestros sentimientos respecto de mi y vuestras desconfianzas, vengo á deciros que no he olvidado nuestras antiguas relaciones, y...

Roland vaciló un instante y Margarita dijo con tono imperioso:

—Acabad.

—Y he venido á ponerme á vuestra disposición.

—¿Vos?—dijo ella.

—¡Dios mío! Sí, yo; procediendo así, creo conducirme como un caballero y—perdonadme la franqueza—devolver bien por mal.

Margarita le miró fijamente sin pronunciar una palabra.

—He dicho devolver bien por mal y lo demuestro, continuó Roland. Cautivado por vuestra belleza, vacilé mucho ántes de declararos mis sentimientos. ¿Sabeis por qué? Quiero demostraros que soy sincero. En la lucha por la existencia, en este combate por el oro maldito, por los honores y los puestos que envidian miles de ambiciosos y solo alcanzan algunos elegidos; en este batallar sin tregua por el placer, el lujo y los goces, que son las consecuencias de la fortuna y del poder ¿qué significaba para mis ambiciones la fortuna del coronel Sauvray? La modesta posición de un gentil hombre de lugar. Además yo sabía que no existía semejante fortuna, dispada en aventurados negocios.

Con vos, no era la riqueza, ni aun la posición mediocre lo que encontraba, sino la

pobreza ó la estrechez. Vacilaba entre mi amor, porque es verdadero amor el que me inspiráis, y mi ambición, ahogada por este matrimonio. Ya véis si mi confesión es franca y completa. Pero vuestros encantos influían sobre mí sin cesar, y al fin me decidí. La noticia de vuestros esponsales, si puedo dar tal nombre á aquellos proyectos, acabó con mis vacilaciones. Fui á Serigné, os hablé y vuestra frialdad me reveló vuestros sentimientos. Intenté interesar en mi favor á vuestro padre, dispuesto tal vez á ayudarme, cuando fui bruscamente interrumpido por la fatalidad que sabéis. Tuve idea de insistir, á pesar de vuestro duelo, pero con los ojos me disteis á entender que no debía esperar nada. Volví á París triste, herido por el desengaño y casi irritado contra vos.

Margarita, presa de gran agitación, apenas si podía contenerse. La audacia de Roland hacía hervir su sangre y asomar la cólera á sus ojos. Conocía que no había un átomo de verdad en aquella historia, como no fuese un deseo provocado por su belleza, una pasión brutal mal disimulada, que procediendo de semejante hombre, la ofendía y la horrorizaba.

—¿Es eso todo?—preguntó temblando.

—Hay más aún—replicó él con aplomo.

—Llego al más grave de los móviles que me han traído á esta casa. Después de la muerte de mi padre y del vuestro, han corrido por el país rumores que hubiesen podido alarmarme si no fueran tan vanos como odiosos.

—¿Y qué se dice?—preguntó la joven con ironía agresiva.—No lo ignorais, puesto que proceden de vosotros.

—Pero...

—Se insinúa que el coronel tenía cuatrocientos ó quinientos mil francos.

—¿Y no era verdad?

—Ya véis—dijo dulcemente—como he hecho bien en venir.

—Continuad.

—Se decía que mi padre manejaba esa fortuna, de la cual disponía á su gusto, que se le había confiado en depósito; que yo cometí un acto espantoso, negándome á reconocer este depósito, cuya existencia jamás he sospechado; que despojé de esta suerte á dos huérfanas dignas del mayor interés. ¡Acusación formidable! Afortunadamente, no basta acusar; es preciso probar. Estoy bien tranquilo acerca de los resultados de una calumnia engendrada por el dolor de la pérdida que habéis sufrido y por el desengaño de una ruina imprevista.

—¡Calumnia!—murmuró Margarita arrugando entre sus crispados dedos los pliegues de la ropa.

—No pienso que os obstineis en seguir por ese camino,—dijo Roland con flemá imperturbable.

—Decid pronto á dónde quereis ir á parar,—exclamó la joven, agotada ya la paciencia.

—A esto. Que es bueno conocer á los amigos y á los enemigos; que quiero acabar con esa absurda fábula y saber por vos misma á

á lo que debo atenerme en lo sucesivo. Ven-go á ofrecer la paz; ¿quereis la guerra?

Margarita guardó silencio. Entonces Rol-land insistió con calor:

—Escuchad. Os he seguido paso á paso desde vuestra llegada á París, conozco vuestra estrechez, el grado de pobreza á que os veis reducida. Habéis buscado un empleo sin encontrarlo y vuestros últimos recursos se acaban. En este París, implacable para los débiles, estais sometidas á las más duras pri-vaciones. Una situación así no tiene más que dos salidas, igualmente siniestras; el suicidio ó la deshonra.

Margarita frunció las cejas. Roland in-sistió:

—Sé lo que digo. Nadie conoce mejor que yo el fondo de esta estraña ciudad llena de dramas y miserias. Para salvaros se necesi-ta un milagro, y si quereis se hará.

—¿Por vos?

—Por vos y por mí,—dijo él procurando sonreirse;—por un esfuerzo de nuestra co-mun voluntad.

—No os comprendo.

—Os ruego que me escuchéis aun, sin có-lera. Ofreciéndoo en Serigné el matrimonio, recurría al solo medio que tenía entonces para obtener vuestro amor, al de legitimar la unión á que aspiraba con todas mis fuer-zas. Vuestro padre vivía y no érais libre. Aquí hay otras costumbres, otras prácticas, otras leyes. París tiene sus vicios, sus tira-nías voluptuosas, sus instintos frívolos, y esto tiene sus ventajas. Se hace todo, pero

todo se oculta y se perdona y el que es rico ó poderoso se lo puede permitir todo. El lazo más seguro, más sólido que puede unir dos almas que se entienden, es la voluntad. El hombre con quien contábais, os ha abando-nado vergonzosamente al conocer vuestra pobreza. Yo vuelvo y vuelvo á tiempo; es decir, cuando la tierra se abre bajo vues-tros pies: Os tiendo la mano diciéndoos: «Seamos amigos.» Desde mañana abandona-reis esta casa indigna de vos; os pertene-crá cuanto tengo. Correremos un velo sobre una secreta unión, cuyo misterio avivará nuestros goces. Seréis mía á cambio del bienestar que os ofrezco, del mismo modo que yo seré vuestro con alma y corazón hasta el día en que, logrado mi objeto, pue-da publicar esta alianza y ufanarme con ella ante el mundo.

—De modo—murmuró la joven con los dientes apretados,—que me proponéis...

—El término de vuestros sufrimientos, de vuestra ansiedad, de vuestras privaciones.

—¡Es decir, que no contento con reducir-me á la pobreza, me traéis la vergüenza y la infamia?

—¡Frases huecas que no tienen curso en el idioma moderno! Reflexionad...

—Concluyamos,—dijo ella levantándose.

El sonrió y tendiéndole la mano, dijo al oído de Margarita.

—Escuchad al amigo sincero que llega antes que nadie, en el momento en que te-néis tanta necesidad. Por mi boca os habla la razón. ¿Queréis?

La hija del coronel Souvray dió por fin rienda suelta á su cólera. Sus labios expresaban el desdén, sus ojos el odio.

—En efecto—dijo con amargura—estáis bien informado; en este instante mi hermana agoniza sin recursos; ni siquiera tengo lo suficiente para traer esta medicina con que aliviar sus padecimientos.

Al hablar así señalaba con el dedo la receta del médico.

—No hay aquí pan—añadió—ni dinero, ni esperanzas. El mal que nos habéis causado es todo lo completo que podía ser.

—Yo?—exclamó él levantándose á su vez.

—Sí,—grito ella.—Lo sé todo; hace tiempo que lo he comprendido. Sí, nosotros éramos más ricos de lo que podríamos desear; poseíamos ese medio millón que la opinión pública nos atribuye; éramos casi dichosos, porque con el honor de un nombre sin tacha teníamos el bienestar que nos permitía ser independientes y favorecer á los demás. Todo esto nos ha sido arrebatado. Entrasteis en la casa donde se os recibía como amigo, y cuando salisteis no quedaba nada. Ignoro lo que os proponíais. Después de habernos despojado, os venís á gozar en nuestra miseria, á contemplar vuestra obra. Debéis estar satisfecho, porque es completa. Tenéis razón, estoy condenada, y no sé adonde caeré. Todo está bien. Pero entregarme á vos, ladrón y probablemente asesino; cobrar mi deshonor con el dinero de mi padre, venderme al hombre que más odio y desprecio, sería la última vergüenza.

Con una expresión de desdén, imposible de expresar, añadió:

—No lo esperéis. Me entregaría antes al ser más vil y más infame de este París, en donde todo se prostituye; á un facineroso, á un forzado evadido del presidio, en la seguridad de que no sería más despreciable que vos, y que al menos, si había cometido crímenes, no tendría tanta hipocresía.

—Lo esperaba—dijo Roland friamente.—Por lo menos sois sincera; pero la sinceridad es á veces una imprudencia. ¿Quereis la guerra?

—Como os plazca. ¿Qué daño podéis ya hacerme?

—¿Quién sabe? Amo como un loco, y puedo odiar de la misma manera.

Margarita se encogió de hombros, indicando con un gesto que la entrevista había durado demasiado.

El vacilaba en salir, retenido por un deseo, quizá por un remordimiento, cuando se abrió silenciosamente la puerta de la habitación de la enferma.

Una especie de espectro avanzó lentamente hasta donde se hallaba Margarita, y se apoyó en ella. Era Luisa, lívida, envuelta en un largo peinador de lana gris que dibujaba su horrible demacración. Dirigió hacia el secretario sus grandes ojos, casi apagados, y dijo con voz todavía firme:

—Nos habéis hecho mucho daño; que Dios os lo perdone como yo os lo perdono. ¿Pero por qué amenazais á Margarita?

El respondió con acento sarcástico:

—No la amenazo, la amo.

La moribunda movió lentamente la cabeza.

—Extraño amor—dijo—el que lleva el duelo y la ruina á una casa. ¿Cómo se puede creer eso? Dejadnos sufrir y morir en paz. ¡Adiós!

Rodeó el cuello de su hermana con sus brazos desfallecidos y contempló á Roland con indecible valentía.

Este abandonó al fin su calma, y exasperado, se acercó á Margarita, señalando á la enferma y diciendo con voz irritada como el silbido de una serpiente:

—Ella tambien me acusa.... las dos. Bien, tened cuidado... ¿Quereis la guerra? Sea; me calumniais y me defenderé. Vosotras lo habeis querido. ¡Adios!

XII

En brazos del azar.

Cuando Roland salió de aquella casa eran las diez de la noche.

Margarita ayudó á su hermana á acostarse y estuvo consolándola durante algunos minutos con delicada ternura, asustada por los síntomas de una agravación extraordinaria. Después le dió un prolongado abrazo, repitiéndole lo que le decía en el momento de entrar Roland.

—No te inquietes, vuelvo pronto.

En seguida salió.

¿Adonde iba?

No lo sabía. Caminaba al azar, llevando en su espíritu la imágen de aquel misero hogar donde no quedaba dinero ni pan, nada más que la miseria inmerecida, la mortal dolencia de su hermana, y ante sus ojos aquella hoja de papel, la receta del médico, abandonada allí por no tener para pagarla.

Absorbida por el pensamiento de procurar una salida á su triste situación, siquiera fuese muriendo, no vió á Roland Beroult, que aproximándose á dos hombres situados en la acera de enfrente, deslizó en sus oídos algunas palabras, alejándose en seguida.

El más joven de estos hombres tenía gran semejanza con Pablo Bordier, y afectaba el mismo aire jovial que cuando se encontró con las hijas del coronel Souvray en su viaje de Tours á París.

El otro personaje era el tipo enteramente contrario: moreno, de aspecto duro y brutal, tenía cierto parecido en su cara á la de un perro dogo. Apenas cambiaban entre ellos algunas frases; pero los dos miraban de soslayo el portal de la casa que acababa de abandonar el secretario del conde de Magny.

Al aparecer Margarita Souvray, envuelta en su manto de luto, el más joven de los dos llamó la atención de su compañero, diciéndole:

—¡Atención!... Ahí va la caza.

—¡Buen bocado!—respondió el otro.

Añadiendo por lo bajo:

—¡Vaya una idea la del secretario!... ¡Pobre muchacha!... ¿Qué puede haberle hecho?

—Parece que la orden viene de lo alto...— advirtió el otro.—¡El diablo que entienda estas intrigas!

—Después de todo, ¿qué me importa?... Para mí no hay nada más que la consigna.

Margarita estuvo un momento indecisa, sin saber qué camino tomar.

—¡Remonta el vuelo, paloma mia!—dijo Pablo Bordier.—Tú has de hacernos la mitad del trabajo.

Y como si la joven hubiese podido oír y obedecer esta indicación, comenzó á andar hacia la plaza de Clichy.

El hombre rubio cogió del brazo á su compañero y dijo:

—¡Andando!... Esto marcha bien.

Hacía un tiempo hermoso, una verdadera noche primaveral. Sin embargo, los paseantes eran pocos hasta los boulevares. Al llegar á ellos, la joven se encontró en plena claridad, en medio de una multitud agitada y ruidosa; pero en vez de sentirse atraída por estas cosas, parecía experimentar en presencia de ellas un sentimiento de repulsión. Hizo un movimiento como si quisiera volver sobre sus pasos, y los dos hombres que la seguían pudieron verla agitar sus labios con una contracción semejante á la del enfermo forzado á tomar una medicina repugnante. En seguida continuó su marcha en la primera dirección, y abandonando la plaza Clichy se internó en el boulevard, perdiéndose entre los árboles.

No es aquel sitio á propósito para que se aventuren en él á ciertas horas las mujeres

honradas. La primogénita de Souvray tenía sobrados atractivos para no ser notada á su paso por los alrededores de la estatua del general Moncey, y no tardó en advertirlo, al observar que la seguía un hombre y oír que la llamaba con voz apenas perceptible.

—¡Señorita!

Ella siguió adelante sin volver la cabeza buscando una salida para escapar á la persecución del desconocido, el cual repitió con voz suplicante.

—¡Señorita! ¿Os inspiro miedo acaso?

La joven se volvió y contestó temblando:

—¡Pero si no os conozco! ¿Qué quereis?

—Hablaros un momento,—dijo el desconocido con acento de timidez y en tono de súplica.

Era un hombre como de treinta años, de bondadosa fisonomía, pálido, con grandes ojos negros y con la cara afeitada, ofreciendo el tipo de un sacerdote en traje seglar.

—¿Qué quereis decirme?—preguntó Margarita, tranquilizada por el rápido examen que acababa de hacer de su interlocutor.

—Cuando os he visto—empezó á decir con tono grave y dulce,—salía de casa de uno de mis camaradas, que vive en la calle de Clichy y daba un paseo por la plaza, porque conozco poco este barrio.

—¿No vivís aquí?

—No, vivo en la calle de Vaugirard, cerca del Luxemburgo. Estoy concluyendo la carrera de medicina, ó por mejor decir, soy médico y algo abogado. Vuestro rostro me ha impresionado.

—¡Vos lo decís!

—No me gusta mentir, os lo aseguro; digo lo que pienso. Teneis la belleza que yo sueño, la que constituye mi ideal.

—¿De veras?—murmuró Margarita por decir algo y quizá por aturdirse con el ruido de sus propias palabras.

—Lo juro por mi alma. Hasta tal punto, que no habiendo tenido la dicha de veros hasta ahora, me parece que os he conocido siempre.

—¿De dónde sois?

—De provincias.

—¿De cual?

—Del Berry. ¿Y vos?

La joven suspiró.

—Por ahora—dijo—yo soy de este París á donde vienen á refugiarse todas las miserias y todos los desengaños.

—¿Sois desgraciada?

—¡Oh, sí!

—Pues bien,—replicó el joven con vivacidad,—lo había adivinado, y esto ha sido sin duda lo que me llevaba á vuestro lado con fuerza irresistible y me ha prestado valor para hablaros. Tened confianza en mí; contadme vuestras penas, que deseo aliviarlas. Si la casualidad nos ha reunido, ha debido reunirnos para algo; pienso así porque no creo en el azar; creo en Dios.

—Sin embargo, la reputación de los médicos no es esa,—balbució Margarita.

—Quizá sea fundado lo que se dice de ellos, pero todas las reglas tienen sus excepciones y yo soy una de estas en mi pro-

fesión. Educado por una madre sencilla y piadosa, soy creyente como ella: yo quería ser sacerdote y ella se opuso. Entonces me hice médico, pensando que se puede hacer el mismo bien cuidando á la vez el cuerpo y el alma. Además—añadió sonriendo—el médico no está sujeto á tantas privaciones como el clérigo. Si hubiese sido inglés y protestante sería seguramente pastor. ¿Y sabéis por qué?

Los dos se miraron.

—¿Por qué sois desgraciada?—preguntó con tal ternura, que conmovió el corazón de Margarita.

—Sería muy largo de contar.

—Bien—repuso él con gravedad,—si no queréis confesaros, decidme siquiera lo que puedo hacer por vos, porque os juro que solo tengo un deseo; el de seros útil. Me desesperaría si os ofendieran mis palabras, pero conociendo á París al cabo de diez años que duran mis estudios, no debo dejar de decir que me ha chocado veros sola á esta hora y por este barrio. Debe haber para ello una causa secreta, un motivo misterioso que no puedo explicarme; algún gran pesar, tal vez la desesperación...

La voz del desconocido era persuasiva; tenía la elocuencia del corazón. Con delicadeza infinita, continuó:

—Quisiera convenceros... No me atrevo á decir que os amo, pues aunque es verdad no lo creeríais, y además, en este sitio me parecería una profanación declarároslo. ¿Me permitiréis que os vuelva á ver? Dejadme